

del cielo, y que tiene en sí la prenda, la semilla y el principio de la vida de la gloria. El que no cree esta en la muerte y en el pecado, que lo constituye enemigo de Dios, y el objeto de su indignación y de su cólera. Tercera diferencia, *el estado de fuero*: en el otro mundo el que cree gozará de la vida en el cielo con aquel en quien ha creído, y esta vida será la unión de todos los placeres y el colmo de la felicidad. El que no cree no tendrá parte alguna en esta vida, será excluido del cielo; y esto que no podía en la presente vida privarse de un momento de placer terreno, será para siempre privado de la dulzura de los placeres celestiales, y sumergido en una muerte eterna, que será la unión de todos los tormentos. Cuarta diferencia, *la eternidad*: atendamos bien á aquel que habla y que nos envía su Hijo; á aquel que nos pide nuestra fe, nuestra obediencia y nuestro amor. Pensemos que es un Dios eterno que promete eternidad, que amenaza eternidad, y que no tiene otros designios que para la eternidad. Eternidad bienaventurada para el que cree; pero para el que no cree, eternidad infeliz donde será el objeto de la cólera eterna, que se afirmará y agravará sobre él. Esta cólera desde ahora está ya sobre él, y él no la siente; pero si por su infelicidad muere en ella, se dejará sentir sobre él con suplicios horribles y eternos.

PETICION Y COLOQUIO.

¿Qué cosa no habeis hecho y qué cosa no habeis aun ahora, ¡oh Dios mio! por salvarme y por librarme de esta muerte eterna? Promesas, amenazas, bondad, amor, ternura, todo lo habeis puesto y lo poneis aun en obra para atraerme á vos. ¿Será posible que todo esto no haga impresion alguna sobre mi corazón? ¡Ah! haecid que aquel espíritu vuestro que he recibido en el bautismo, pero que he profanado, espire en mí de nuevo y sobre mí, me libre de mi corrupcion y me dé un corazón nuevo y una nueva vida. ¡Oh santo bautismo establecido por Jesucristo y perpetuado hasta nosotros sin embargo de la distancia de los lugares y del intervalo de tantos siglos! me alegro de haberos recibido. Si he tenido la desgracia de violar los empeños contraidos recibiendoos, hoy los renuevo con todo el fervor de que soy capaz. Renuncio al demonio y á sus obras, á la carne y á sus concupiscencias, al mundo y á sus pompas. Quiero siempre creer y unirme para siempre á vos solo, ¡oh Dios mio, Salvador mio! Amen.



MEDITACION XL.

COLOQUIO DE JESUCRISTO CON LA SAMARITANA.

San Juan, c. IV, v. 1 y 18.

El sagrado historiador nos hace conocer cuáles fueron los medios que usó la Providencia para conducir bien este coloquio; divide después este coloquio en dos partes; en la primera la Samaritana reconoce á Jesucristo por un profeta; en la segunda Jesús descubre á la Samaritana que él es el Mesías.

PUNTO I.

DE LOS MEDIOS QUE USÓ LA PROVIDENCIA PARA CONducIR BIEN ESTE COLOQUIO.

Lo primero. *Jesús se vió obligado á dejar la Judea.* "Mas cuando Jesús supo que los fariseos habian entendido que iba juntando mas discipulos y bautizaba mas que Juan (aunque Jesús no bautizase sino sus discipulos), dejó la Judea y fué otra vez á Galilea...."

Jesús entendió de los discursos de los hombres, los que sabia por el conocimiento que tenia del secreto de los corazones; esto es, que los fariseos estaban informados de cuanto hacia. Persuadido, y cierto de que después de haber insultado y maltratado á su discípulo Juan Bautista, no tardarian de emplear contra el Maestro una violencia mas declarada; viendo formarse ya la tempestad, y debiendo dar cumplimiento á la obra de su Padre antes de padecer, tomó el partido de dejar la Judea y volverse á la Galilea, acompañado solamente de los cuatro discipulos que habia escogido, Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. — ¡Providencia de mi Dios! ¡tus mismos enemigos contribuyen contra sus mismas intenciones al cumplimiento de tus designios! Los doctores de la capital obligan al Salvador á salir de la Judea, y una pecadora va disponiéndose á empeñar una ciudad de Samaria á abrirle sus puertas, á suplicarle que entre y á recibirlo....

Lo segundo. *Jesús se halla obligado á pasar por Samaria..... Debía por esto pasar por la Samaria.* Jesús de intento se habia internado en la Judea, de manera que debía necesariamente pasar por el país de Samaria, á no ser que hubiese hecho un grande rodeo, que las circunstancias de una próxima persecucion no le permitian.... De esta manera parecia que Jesús hubiese solo de la persecucion de sus enemigos; pero el Señor corria por la conversion de una pecadora, y con ella á la de todo un pueblo.

Lo tercero. *Jesús se halló en la precision de sentarse cerca del pozo de Jacob.* — "Vino, pues,

Jesús á la ciudad de Samaria, llamada *Sicar*, cerca de la posesion que dió Jacob á su hijo Joseph, y allí estaba la fuente de Jacob; y Jesús cansado del viaje estaba así sentado sobre la fuente; y era ya cerca de la hora sexta."

Jesús habiendo caminado toda la mañana y en una estacion calidísima, llegó cerca del mediodía con sus cuatro discipulos á las cercanías de una ciudad de la Samaria, llamada *Sicar*, antiguamente *Sichem*: se halló tan fatigado del camino, que le fué preciso sentarse cerca del pozo, que no estaba lejos de la ciudad, y se llamaba la fuente de Jacob — Vos os fatigais, ¡oh buen Pastor! corriendo tras la oveja perdida, y empleais el tiempo de vuestro reposo en ganarla y en instruirla. ¡Oh fatiga de Jesús! ¡y qué poderosa eres! ¡oh reposo de Jesús! ¡y cuán fecundo sois de gracia y de misericordia!

Lo cuarto. *Los discipulos de Jesucristo se hallaron necesitados de ir á la ciudad para comprar la provision de aquel dia y le dejaron solo.* "Porque los discipulos fueron á la ciudad á comprar qué comer...." Los discipulos viendo al Señor tan cansado, se fueron juntos á comprar qué comer á la ciudad, para venir después á comer con él. Esta soledad en que lo dejaron, no era efecto del acoso; Jesús la habia dispuesto, y entraba sin duda en los designios de su sabiduría. A Dios se gusta en la soledad, y ninguno hay tan ocupado, que si quiere, no pueda encontrar algunos momentos para entretenerse con Jesús.

Lo quinto. *La samaritana se halló con necesidad de ir á sacar agua.* "Vino una mujer samaritana á sacar agua...." Ven, mujer dichosa, tu Salvador te espera; te pareciera al principio ver un acoso y un encuentro fortuito; pero todo está en el dispuesto por la providencia y misericordia divina; en pocos momentos veras en ti una mudanza grande, volverás á entrar en la ciudad bien diferente de aquella que saliste. ¡Ah! si se volviese mi corazón tan dócil como está para serlo el tuyo por las lecciones de nuestro comun Maestro!

PUNTO II.

LA SAMARITANA RECONOCE Á JESUCRISTO POR UN PROFETA EN LA PRIMERA PARTE DEL COLOQUIO.

Lo primero. *Jesús le pide de beber, y ella le responde con una palabra de burla.* "Jesús le dice: dame de beber...." Y le dijo aquella mujer samaritana: ¿cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy mujer samaritana? Porque no se comunican con los samaritanos los judíos...." La sed que estimulaba á Jesucristo, no era tanto del calor del viaje ó de la fatiga, como de la conversion de esta mujer.

1 Por esto, ó por esta cosa ó motivo.

mo de la conversion de esta mujer. ¡Ay de mí nosotros somos, si no ministros, á lo menos discipulos de Jesucristo; ¿dónde están nuestros viajes, nuestros sudores y nuestras fatigas por la salud de nuestros hermanos? ¿cuál es nuestra paciencia y nuestra dulzura con ellos? ¿quién de nosotros ha experimentado una sed semejante á la del Hijo del hombre? Luego que la samaritana sacó el agua, Jesucristo quiso humillarse hasta pedirselo, para tomar de allí ocasion de hablarla, de instruirla y convertirla. Ella no se la niega; pero reconociendo por su hábito y por el lenguaje que era judío, le dijo como motejándole: ¿cómo siendo tu judío y conociéndome á mí por una mujer samaritana, me pides de beber, cuando los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Ella no sabia que estaba hablando con quien bien presto debía reunir el samaritano con el judío y el judío y el samaritano con el gentil, y formar de todos los pueblos de la tierra un solo pueblo fiel; no sabia que ella misma debía estar muy presto dentro de este pueblo escogido.

Lo segundo. *Jesucristo le prometió una agua viva, y ella le pregunta de dónde lo ha de sacar.* Jesús no responde a cuanto el discurso de la mujer tiene de picante; la llama á pensamientos mas serios, estimulando poco á poco su curiosidad. "Respondió Jesús y le dijo: si supieras el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, tú por ventura le hubieras pedido y habria dado á ti una agua viva...." ¡Ah! si lo conociésemos bien nosotros mismos, no le negáramos aquello poco que nos pide, aquella pequeña violencia, aquella débil sujecion á nuestras obligaciones, aquello que desde el principio exige, y no nos pondríamos sin duda en estado de recibir la abundancia y plenitud de los dones celestiales que nos prepara.

Las palabras de Jesucristo le hicieron á la Samaritana juzgar que era algo mas de lo que ella al principio habia creído, y de hecho, en adelante ya siempre le dió el título de Señor; y como deseaba saber quién fuese y sospechaba algun misterio en sus palabras, le replicó en manera de empeñarlo á explicar lo uno y lo otro: "le dijo la mujer: Señor, tú no tienes con qué sacar agua y el pozo está profundo; ¿cómo ti mes esta agua viva? ¿eres tú acaso mayor que Jacob nuestro padre que dió á nosotros el pozo y el mismo be-

1 Los samaritanos aceptaban de la Sagrada Escritura solo los cinco libros de Moisés; rechazaban á J. rusel y á adorar á Dios en el templo, y mezclaban varias supersticiones en el culto que daban al verdadero Dios. Los judíos los miraban como paganos, y no les era permitido tener alguna trato con ellos: ó igualmente les era prohibido recibir de ellos cosa alguna, ni tampoco podian usar de su hábito, ni comer á una misma mesa, ni beber en un mismo vaso; pero la ley no se extendia á prohiberles el tráfico y el comercio con ellos.

bió de él y sus hijos y sus ganados? . . .” Las razones y la dificultad que aquí propone la Samaritana, representan al vivo los frívolos pretextos que alegan los pecadores, y los obstáculos que se proponen á sí mismos y ponen á los movimientos de la gracia y á los remordimientos saludables de su conciencia.

Lo tercero. *Jesús le explica las cualidades del agua de que le habla y ella le suplica y pide que se la dé.* Jesucristo dejó también pasar la comparación que esta mujer hacia de él con Jacob, no queriendo exacerbar una persona que quería ganar, y le responde solo indirectamente explicándole la diferencia que había entre el agua del pozo de Jacob y la que él le prometía. — “Respondió Jesús y le dijo: todo aquel que bebe de esta agua vuelve á tener sed; pero aquel que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed; antes bien el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua, que brotará hasta la vida eterna. . . .” ¡Oh, y cuánta pena experimenta una alma carnal en comprender las cosas de Dios! No se puede imaginar que haya otros bienes fuera de aquellos que lisonjean la naturaleza. . . . Si la Samaritana no comprendió todo el sentimiento de estas palabras, no dejó de entrever en ellas un misterio de que ardientemente deseaba la explicación. Fué bastante para el Señor hacerla desear de esta agua y resolverla á pedir: “dijole la mujer Señor, dame esta agua para que yo no tenga ya mas sed ni necesidad de venir aquí á sacarla. . . .” La Samaritana le pide al Salvador de esta agua viva; pero no conoce aun su verdadera virtud y habló solo con miras las mas ordinarias y groseras. — Nosotros que conocemos mejor esta agua divina, que no es otra cosa que gracia del Espíritu Santo, deseémosla, pídamosla, no para librarnos de las necesidades de esta vida, sino para purgarnos y purificarnos de nuestros pecados, para apagar el ardor de nuestras pasiones, para librarnos de la sed de los placeres y de los bienes de este mundo, para que nos impida volver otra vez á los lugares funestos á nuestra inocencia y á aquellos objetos que nos manchan, que nos disipan, que nos hacen perder inútilmente el tiempo, que nos consumen las fuerzas, y que en vez de apagar y calmar nuestra sed, no hacen otra cosa que irritarla.

Lo cuarto. *Jesucristo le dice que agua y llama á su marido, y ella le responde que no lo tiene.* Esperaba la Samaritana con impaciencia el cumplimiento de las magníficas promesas que Jesús le había hecho cuando le dijo: “y ves, y llama á tu marido y vuelve acá. . . .” En un sentido ella tenía ciertamente un marido; pero en otro no lo tenía, porque el que tenía no era legítimo. Esta mujer, por satisfacer el deseo grande que tenía de recibir de esta agua viva que le había prometido el Salvador, le respondió con prisa y le dijo: “no tengo marido. . . .” Ella decía la verdad sin quererla decir, y no pensaba aun en con-

fesar su pecado ni en reconocer su mala conducta. — Y ves aquí cómo queriendo callar la verdad, la verdad misma se manifiesta, y muchas veces cuando nosotros procuramos sofocarla y esconderla, nuestras mismas acciones y nuestras palabras la revelan.

Lo quinto. *Jesús le habla de sus desórdenes y ella le reconoce por un profeta:* “y Jesús le dijo: has dicho bien, no tengo marido, porque has tenido cinco, y el que ahora tienes no es marido tuyo; en esto has dicho la verdad. . . .” Una tal declaración que la Samaritana estaba bien lejos de esperar, la sorprendió en extremo; pero el agua viva que había pedido sin conocerla, esto es, la gracia, comenzaba ya á derramarse en ella y á penetrarle el corazón; reconoció que era una grande pecadora y que el que le hablaba era un profeta. Cesó de porfiar y no respondió mas que estas palabras: “Señor, veo que tú eres un profeta. . . .” ¡Ay! ¡y qué profeta! ¡cuanto mas penetrantes son sus luces, tanto mas amable es su dulzura! De hecho, ó sea que los cinco maridos que había tenido la Samaritana fuesen legítimos ó que no lo fuesen, como el sexto, ella pasaba una vida desordenada. No obstante eso, Jesucristo la reprendió ó le presenta con dureza la enormidad de sus culpas: No, al contrario; toma ocasión de alabarla por haber dicho la verdad; hace un elogio de su sinceridad, y lo hace en dos diferentes ocasiones. ¡Oh bondad infinita! — Así trataba vos al pecador cuando se humilla y confiesa sus pecados; parece que os olvidáis de todos sus desórdenes por solo ver y oír la sinceridad de su confesión.

PUNTO III.

JESÚS LE DESCUBRE QUE EL ES MESÍAS EN LA ÚLTIMA PARTE DEL COLOQUIO.

Lo primero. *Pregunta de la Samaritana sobre la religión de los judíos y de los samaritanos.* La pecadora de Sicar comprendió la mudanza que experimentaba en su corazón, y que se le había concedido el agua que había pedido; y no le hizo ya sobre esto mas preguntas; pero le propuso una cuestión: Cuando un alma se convierte á Dios de sus malas costumbres, no vivo ya tranquila en el partido del error. . . . Esta mujer, que al principio del coloquio se burlaba del escrupulo de los judíos, comenzó á tenerlo sobre la religión de los samaritanos. . . . ¡Y á quién podía ella recurrir mejor y proponer sus dudas, que á aquel, que con tan justo título se había merecido su confianza y obrado en ella tan grande mutación? “Señor, le dijo la mujer, veo que tú eres un profeta. . . .” Y ya que tienes luces tan seguras, dignas de iluminarme sobre el punto de religión, sobre la cuestión que nos tiene se-

parados de los judíos y que mantiene una aver-sión escandalosa entre los siervos de un mismo Señor; instrúyeme, porque estoy resuelta á abrazar el bien perdido y asegurar mi salud. “Nuestros padres han adorado (*á Dios en este monte*), y vosotros decís que el lugar donde es necesario adorar es en Jerusalem. . . .” ¡Sobre qué fundáis y sostenéis que Jerusalem es la ciudad, ó que el templo fabricado sobre el monte de Sion es solo el lugar que Dios ha escogido y donde le agradan las víctimas que se le sacrifican? Por lo que toca á nosotros, tenemos por cierto que es sobre el monte de Garizin, que está aquí á vuestra presencia, y en el templo que está fabricado en su cumbre: tenemos por prueba el ejemplo de los patriarcas, que son nuestros padres, y de quienes descendemos. De esta manera los samaritanos persistían en su cisma solo por hábito y por prejuicio. De esta manera los herejes, aun hoy, se apoyan sobre el ejemplo de sus padres, que han fabricado y frecuentan sus templos; pero si quisieran consultar su primer origen, hallarían á sus padres en las mismas iglesias, asistentes como nosotros al mismo sacrificio. El cisma de los padres no sirve de excusa á los hijos, que continuándolo se hacen cómplices de sus padres. La Samaritana no tenía actualmente aquella obligación, porque había venido el Mesías, y su reino debía quitar la ocasión del cisma con la destrucción del templo y abolición de la ley de los judíos. Ya no se buscaba otra cosa que creer en Jesucristo y entrar en su Iglesia.

Lo segundo. *Respuesta de Jesucristo.* “Jesús le dijo: creeme, ¡oh mujer! que ha llegado ya el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalem adorareis al Padre. . . .” Ahora no es tiempo de ocuparte en estas contiendas; bien presto cesará enteramente el motivo de esta división entre los judíos y samaritanos; no se pasará mucho sin que se acabe la cuestión de nuestro templo y del de Jerusalem en orden á adorar á Dios. No habrá ya sobre la tierra lugar fijo para ofrecerle el culto que se le debe. Ello es cierto (ya que quieres saberlo) que los judíos tienen la preferencia sobre vosotros para hacer las ceremonias públicas de la religión en el lugar que el Señor ha escogido, y que en esto obran conforme á la revelación divina; porque “vosotros adorais lo que no conocéis: nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. . . .” Vosotros adorais á Dios en vuestro templo sin ser autorizados por alguna señal manifiesta de la voluntad de Dios, y no sabéis por qué lo haceis. Nosotros, al contrario, conocemos la voluntad de Dios y obramos según sus divinos oráculos. Vosotros ni conocéis al Padre ni al Hijo, porque no recibís los libros de los profetas, que os harían conocer al uno y al otro, y os enseñarían que el Hijo de Dios, el Salvador del mundo debe nacer del pueblo de los judíos. Es verdad que el culto judaico es, aun en sí mismo, un culto tos-

co, material y figurativo, que anuncia al Salvador; “pero vendrá el tiempo, y es ahora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu, y en verdad, porque tales son los adoradores que busca el Padre. . . .” El tiempo viene en que ya no se sacrificarán víctimas legales, en que ninguno estará obligado á escoger ciertos tiempos y lugares, en que no se derramará sangre de cabras ni de toros: las hostias carnales que Dios mandó se le ofreciesen, eran solo una sombra de un culto mas perfecto que ahora pide, de un culto verdadero, sincero, interno y espiritual, que se deberá manifestar con el sacrificio del espíritu y del corazón; “porque *Dios es espíritu*, y aquellos que lo adoran lo deben adorar en espíritu y en verdad. . . .”

Nosotros vemos con nuestros ojos el cumplimiento de esta profecía. — Ya subsiste la Iglesia de Jesucristo por el espacio de diez y ocho siglos; los templos de Samaria y de Jerusalem fueron destruidos, sin que la malicia de un emperador haya podido reedificar este, ni el furor de otros muchos destruir aquella. Nosotros vivimos en este feliz tiempo en que el culto judaico ha sucedido un culto perfecto, y á los sacrificios carnales de la ley, una hostia divina. ¿Y somos nosotros de los verdaderos adoradores que busca el Padre celestial? ¿Adoramos á Dios en espíritu y en verdad? ¿A la preciosa víctima que le ofrecemos, unimos el sacrificio sincero de nuestro espíritu, de nuestros corazones, de nuestra vida y de todo lo que somos?

Lo tercero. *La Samaritana declara que ella espera al Mesías.* Sabía que era el tiempo en que se esperaba; no ignoraba la fama que se había esparcido de que ya había venido, y que se manifestaba en la Judea y en la Galilea por medio de estrepitosos milagros. En esta disposición de espíritu, podía ella oír este último discurso de Jesucristo y reflexionar á cuanto le había dicho primero, sin tener sospechas vehementes de que el que le hablaba era acaso el Mesías? Ahora ¿qué favor, qué honor no hubiera sido para ella el haber apagado su sed y haber tenido con él un particular coloquio, de haberle confesado sus pecados y de haber probado los atractivos de su dulzura? Pero por otra parte, no se atrevía á li-sonjearse hasta aquel punto. ¿Por ventura el Mesías (dirá dentro de sí) se habría entretenido con una pecadora como yo, y la habría tratado con tanta dulzura y tanta circunspección? Dividida, pues, entre la esperanza y el temor, y no permitiéndola el respeto descubrirle su embarazo, tomó el expediente de mudar de discurso para ser iluminada sobre un punto que para ella era de suma importancia: “le dice la mujer: sé que viene el Mesías, que quiere decir Cristo; cuando esto venga, nos lo enseñará todo. . . .”

Lo cuarto. *Jesús descubre á la Samaritana*

que él es el Mesías. ¡Afortunada mujer! tu Salvador conoce y sabe perfectamente cuanto tienes en el corazón; conoce el inocente artificio de que te sirves; pero porque ve que te lo ha sugerido la humildad y el amor, quiere satisfacer a tus deseos; y apagar toda tu curiosidad. Está atenta; escucha bien esta palabra, que forma la alegría del cielo y la esperanza de la tierra; palabra que no ha salido aun de la divina boca que va á pronunciarla: "le dice Jesús: yo soy, que hablo contigo..." ¡Oh palabra deliciosa!—Jesús no cesa aun de enderezarla á nosotros; ¡pero nosotros estamos atentos á ella! ¡Ay de mí! en mil ocasiones nos habla, pero nosotros no queremos reconocer su voz: el mismo Señor es el que nos habla con aquellos remordimientos que sentimos dentro de nosotros; con el disgusto del mundo que experimentamos; con aquellos discursos, con aquella lectura, con aquella palabra que penetra y mueve nuestro corazón; por medio de aquel pobre que implora nuestro socorro, de aquella enfermedad, de aquella aflicción y de aquella desgracia que nos humilla. Si nosotros fuéramos dóciles á esta voz divina, ¿de qué consuelo no se llenaría nuestro corazón?

Lo quinto. *Los discípulos de Jesús llegaron y se retiró la Samaritana.* Luego que esta mujer oyó aquella palabra de Jesucristo: "yo soy, que hablo contigo..." ¿Quién podrá decir los sentimientos de júbilo, de admiración, de respeto y de amor, que se levantaron en su corazón? Pero no tuvo tiempo de manifestarlos. Llegaron en el momento los discípulos y ella se retiró, ó por mejor decir, voló hacia la ciudad, para exhalar el fuego sagrado de que ardía su corazón.

PETICION Y COLOQUIO.

Señor, vuestra victoria es completa, vuestra conquista es segura; de una pecadora y de una infiel, habéis hecho una apóstata; obrad de esta manera en mi alma pecadora; haced de ella una penitente, cristiana y fervorosa. ¡Oh Jesús! yo soy culpable á vuestros ojos de ciertos pecados, en un sentido mas enorme que los de la Samaritana: porque he tenido mayores socorros, mayores gracias y mayores luces que ella para evitarlos, pero si he tenido la desgracia de ofenderos, procuraré, á lo menos con la sinceridad de mi confesion, merecer de vos aquel elogio y aquel perdón que ella mereció, con decirlo la verdad. Dadme, como á ella, ¡oh divino Salvador! de aquella agua viva, que purgue mi corazón de todo afecto terreno, que todos mis pensamientos se elevan al cielo, y que la vida eterna que vos prometéis, sea el único término de todos mis deseos. Amen.

MEDITACION LXI.

LO QUE PRECEDE A LA CONVERSION DE LOS SAMARITANOS DE SIRAC.

San Juan, c. IV, v. 27, 38.

Cuatro objetos deben fijar nuestra atención en este lugar. Primero, la admiración de los apóstoles; segundo, el celo de la Samaritana; tercero, la caridad de Jesús; cuarto, la instruccion que Jesús hace á sus discípulos...

PUNTO I.

LA ADMIRACION DE LOS APÓSTOLES.

Lo primero. *Esta maravilla es de mucho honor para Jesús.* "Y entonces llegaron sus discípulos, y se maravillaban que discursiese con una mujer."

Esta sorpresa de los discípulos nos muestra cuán lejos estuvo siempre Jesucristo de comunicarse en particular con las mujeres... Ella nos enseña que los pastores son muy expuestos á la censura y al juicio de los hombres; que su conducta suministra al público la materia ordinaria de sus reflexiones, y que deben usar toda la diligencia posible para evitar aquellas frecuentes conversaciones que son ordinariamente poco útiles, muchas veces escandalosas y siempre peligrosas. La conducta de Jesucristo nos enseña tambien que un celo sabio é iluminado debe en esta caso señalar los límites, fijando algunas reglas. Las conferencias que se tendran con las mujeres, serán ni demasiado frecuentes ni demasiado largas, siempre que sean: lo primero, tan raras que causen admiración y sorpresa; lo segundo, en lugar tan público y abierto, que no den sospecha alguna; y lo tercero, sobre materias tan santas, que sus consecuencias puedan justificarse.

Lo segundo. *Admiración respetuosa hácia Jesús.* "Pero ninguno le dijo: ¿qué buscas tú ó qué hablas con ella?...". Los discípulos no se atrevieron á preguntarle sobre lo que habia dado motivo á su sorpresa... Las orejas no deben jamás juzgar de la conducta de los pastores, ni detenerse en las apariencias. Lo que parece que les suministra materia para discurrir, debe obligarlas antes á callar, porque es muy fácil el dejarse sorprender de la admiración. Aprendamos á deponer un tal espíritu de curiosidad, naturalmente opuesto á la piedad, y tan contrario á la simplicidad de la fe como á la inocencia de la caridad: aquel hábito de hablar y de decir mal que se observa en las personas de piedad igualmente que en las mundanas, y aquella malignidad tan comun en nuestros días, dispuesta siempre á juzgar mal de todo y á interpretarlo todo en la peor parte.

PUNTO II.

EL CELO DE LA SAMARITANA.

"Pero la mujer dejó su cántaro y se fué á la ciudad, y dijo á aquellos hombres: venid y vereis un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿es él acaso el Cristo?...". ¡Qué ardor, qué humildad, qué prudencia, qué eficacia en el celo de la Samaritana!

Lo primero. *Celo ardiente* que le hace olvidarse de ir á comer, por publicar en toda la ciudad el feliz encuentro que habia tenido. El celo de la fe, el amor de la verdad, el deseo, la alegría, la sorpresa y el reconocimiento la animan, la mueven y la trasportan... Corre y está solta á seguir los movimientos de la alegría y el ardor de aquella caridad pura que Jesucristo ha encendido en su corazón. Todo es vivo y todo es animado en las almas que tienen la dicha de acercarse á Dios y de escuchar con humildad las palabras interiores que su espíritu hace sentir en sus corazones.

Lo segundo. *Celo humilde.* La Samaritana no usa de un tono doctrinal. Sus palabras nada tienen que pueda dar sospecha, engañar ni prevenir. No alega por autoridad los sublimes conocimientos que se le han comunicado ni los profundos secretos que se le han revelado; habla solamente de la manifestacion que se le ha hecho de sus propias acciones y de sus culpas. El pudor y la vergüenza, sentimientos que tienen tanta fuerza é imperio sobre los pecadores; el orgullo, el temor y la estima de los hombres, de que estan dominadas las almas mundanas; todos estos motivos son despreciados y sacrificadas todas las mas vivas pasiones. Todo cede á la grandeza de su fe y de su celo. El ejemplo de la Samaritana sirve de terrible juicio contra la prudencia de la carne y contra el vil temor de aquellos pecadores que viven en el desorden y temen verse descubiertos; que han perdido el temor de Dios y no pueden perder el funesto temor del mundo.

Lo tercero. *Celo prudente.* Ella no dice que aquel hombre es el Mesías y que lo ha asegurado él mismo; se contenta con referir la circunstancia mas sorprendente del coloquio que ha tenido con él, y con animar aquellos con quienes habla, á que vayan á ver y á juzgar por si mismos si él es verdaderamente el Mesías. Cuanto mas ridicula se hace una mujer cuando pretende dogmatizar sobre la religion, por mas hábil que se esponga, tanto mas honor se adquiere puede y hacer del bien cuando para mantener la fe é inspirar la piedad, emplea los atractivos de una dulce é ingeniosa insinuacion.

Lo cuarto. *Celo eficaz.* "Salieron, pues, de la ciudad y fueron á él..." A esta voz de la Samaritana: *venid á ver* un hombre que me ha dicho cuanto yo he hecho, toda la ciudad se conmo-

vió y un gran número de habitantes se dispuso á ir á ver. ¿Y por qué no se rinden á este convite nuestros incrédulos? ¡Ah! rindámonos á lo menos nosotros; vamos y veamos, esto es, contemplemos á Jesucristo, sus acciones y sus palabras, y veamos cuan digno es de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra confianza.

PUNTO III.

LA CARIDAD DE JESÚS.

Lo primero. *La caridad le inspira tomar el alimento.* "Y en aquel tiempo le rogaban los discípulos y le decían: Maestro, come..." Mientras la Samaritana seguía el ardor de su celo y llamaba al habitante de Sicar, los discípulos de Jesucristo le pusieron delante lo que habian traído de la ciudad, y viendo que no comia, lo exhortaban á que tomase algun alimento. He aquí lo que ocupaba los discípulos y he aquí lo que ocupaba á Jesucristo. A pesar de la fatiga del viaje, del calor del día, de la hora ya avanzada y del cansancio de este divino Salvador, á otra cosa no atendía que á la obra de Dios que habia comenzado, que la Samaritana continúa y que él quiere perfeccionar. ¡Oh Jesús, vuestra ardiente caridad y el cuidado de nuestra salud os hacen olvidar vuestras propias necesidades, mientras nosotros por necesidades imaginarias y por vanos entretenimientos, olvidamos nuestra salud y la de nuestros hermanos. Felices los pastores y los hombres apóstólicos que a nuestro ejemplo olvidan el cuidado de sus cuerpos por trabajar en la salud de las almas. Felices los fieles que á ejemplo de nuestros discípulos dan á los pastores los socorros y las ayudas que les son necesarias.

Lo segundo. *La caridad alimenta á Jesucristo de un alimento desconocido.* Solicitándolo los discípulos á que comiese, les respondió: "yo tengo un manjar para alimentarme que vosotros no sabéis..." El Salvador se servía de todas las ocasiones para instruir y para edificar... El agua que le habia pedido á la Samaritana le habia conducido á hablarle del agua de la gracia que brota hasta la vida eterna, y el alimento que le preservaron sus discípulos le sirvió de materia para una instruccion apostólica. El alimento de Jesucristo es nuestra santificación. Del mismo modo nosotros le presentamos un alimento celestial cuando somos dóciles á los impulsos de la gracia, y si lo rehusamos cada vez que indócilos á ella seguimos nuestras pasiones... Acordémonos de esta palabra de Jesucristo: "Yo tengo un manjar de que me alimento que vosotros no sabéis..." Cuando ciertos amigos demasiadamente caritativos nos exhortan á mitigar y aminorar en alguna de nuestras prácticas de piedad, de

mortificación y de celo; y acordémonos sobre todo cuando el demonio, la carne y el mundo nos ofrecen aquellos manjares envenenados que dan la muerte al alma lisonjeando los sentidos y las pasiones. Respondamos con Jesucristo: yo tengo un manjar para alimentarme que vosotros no sabéis, y que tiene para mí unas delicias que me hacen desahogada y fastidiosas las que vosotros me presentáis.

Lo tercero. *La caridad empuja á Jesucristo á hacer una instrucción á sus apóstoles.* "Los discípulos por esto se decían el uno al otro: ¿habrá venido alguno que le haya traído de comer?...". La Samaritana no comprendió al principio el misterio de la agua celestial de que le hablaba el Hijo de Dios; pero no están mas iluminados los discípulos sobre la naturaleza y sobre las circunstancias y calidades del alimento divino de que les hablaba Jesucristo. Jamás habían sentido otra hambre que la corporal. No conocían la hambre de la verdad y la sed ardiente de la justicia. Por esto, no entendiendo por qué Jesucristo desistiese el tomar alimento, se imaginaron que en su ausencia alguno le hubiese traído de comer. El hombre es siempre esclavo de los sentidos si el espíritu de Dios no lo eleva y le enseña á pensar dignamente de él; y esto es lo que empujó al divino Salvador á instruir sus discípulos sobre las obligaciones del apostolado. ¡Oh caridad inmensa é incansable! De esta manera, ¡oh Jesús! prefiriendo las necesidades del prójimo á las vuestras propias, mostrándoos mas solícito de la salud de los samaritanos que de la hambre y de la sed que os estimulaban, enseñásteis no solo á los pastores, sino también á los fieles, á no dejar las obras de caridad, de piedad y de misericordia que les presenta la Providencia, y á no preferir las necesidades de la vida y del cuerpo á los socorros que se deben dar á los pecadores y que pueden llamar sus almas á la vida de la gracia. Hay siempre tiempo para alimentar el cuerpo, pero no siempre se ofrecen las ocasiones favorables para salvar al prójimo.

PUNTO IV.

LA INSTRUCCION QUE JESUCRISTO HACE Á SUS DISCÍPULOS SOBRE LAS OBLIGACIONES DEL APOSTOLADO.

Lo primero. *Jesucristo les explica cuál es el alimento de que ha hablado.* "Les dijo Jesús: mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y de cumplir su obra....". Como si les hubiese dicho: no os sorprenda si no atiende á las necesidades de mi cuerpo; la gracia que mi Padre ha hecho á esta Samaritana, y el estado feliz en que la veo, me arrebatan y me sostienen. ¿No es por ventura una cosa correspondiente al buen

orden, que el cuerpo ceda al espíritu? ¿la salvación de un alma no se debe preferir al pan material? Si esta preferencia es debida á una alma sola, ¿con cuánta mayor razón lo será á la salvación de toda una nación? Veis aquí lo que Dios quiere que yo haga; haré su voluntad cumpliendo la obra de caridad que he comenzado; y veis aquí mi comida. Cuando nosotros trabajamos por la salud del prójimo, cuando cumplimos las obligaciones de nuestro ministerio, cuando en el cumplimiento tenemos que padecer y que sufrir, consideremos que cumplimos la voluntad de Dios. Obremos, pues, con ardor y con alegría y gustemos la paz y la consolación que se hallan en hacer sobre la tierra lo que Dios pretende de nosotros.... Pensemos que es obra del Señor y apliquémonos á darle toda su perfección.... Comencémosla y acabémosla con una entera pureza de intención, sin que nos quite la mas mínima parte ó algun respeto humano ó nuestro amor propio. Haciéndolo así, hallaremos en el cumplimiento de la voluntad divina un manjar delicioso que fortalecerá nuestra alma, la hará crecer en virtud y la conducirá á la perfección.

Lo segundo. *Jesús explica á sus discípulos un proverbio que no conviene al apostolado.* "No deis vosotros, hay aun cuatro meses y después viene la siega? Veis aquí que yo os digo: alzad los ojos y mirad los campos que ya blanquean por la mies....". Se decía por proverbio: hay cuatro meses desde el trabajo de la simienta hasta el de segar la mies.... Quería decirles con esto, que no estaban siempre obligados á trabajar, sino que hay un tiempo de reposo y otro para el trabajo: los apóstoles habían podido creer que ellos estaban solo en el tiempo de los trabajos de sembrar, habiendo de suceder después el del reposo; pero nuestro Señor les declara que están en el tiempo propio de los trabajos de segar y de recoger la mies, y que era necesario comenzarlos luego sin demora y continuarlos sin interrupción, y los anima alegando dos motivos: el primero la necesidad en que están los pueblos y su disposición. Alzad los ojos, les dice mostrándoles los habitantes de Sichar, que corrían en tropas; mirad los campos ya rubios que esperan la hoz del segador. Las ciudades, las villas y los lugares están dispuestos á recibirlos. Ya ha llegado el tiempo en que les lleveis la luz del Evangelio. Alceamos los ojos y veamos lejos de nosotros naciones enteras que piden ser instruidas para recibir la fe. Felices aquellos que Dios les envía; roguemos por ellos, supliquemos al Señor que aumente el número. Veamos al rededor de nosotros cuántos ignorantes que suspiran por ser instruidos, y cuántos pecadores á quienes bastaría algunas veces una sola palabra para hacerles entrar de nuevo en sí mismos y convertirlos. Obremos en su provecho, hablemos y roguemos por ellos.—Segundo motivo, la recompen-

sa del trabajo. "Y aquel que siega recibe la merced y junta fruta para la vida eterna, para que al mismo tiempo goce el que siembra y el que siega....". Esta recompensa es la vida eterna y la dulce satisfacción de ver en la posesión de ella á aquellos para quienes aquí en la tierra hemos sido instrumentos de salud. ¿Qué alegría, qué amor reinará entre las almas bienaventuradas de los predestinados, entre aquellos que se han salvado por ministerio de los otros; aquellos que en cualquiera manera habrán contribuido á la salvación del prójimo; y aquellos que en diferentes tiempos y con diversas ocupaciones habrán concurrido á formar aquella Iglesia triunfante! Y tendremos nosotros corazón después de esto para mirar tanto por nuestras comodidades y por nuestros intereses, sin aprovecharnos con ardor de todas las ocasiones que se ofreciesen de trabajar por la salvación de las almas? Y al contrario, ¿cuál será el odio, la rabia y el furor de que estarán animados los réprobos contra aquellos que con sus discursos y con sus escritos habrán concurrido á su reprobación? ¡Ah! este pensamiento debería hacer dejar la pluma á aquellos impíos y sarcásticos autores que emplean su talento en destruir la fe y corromper las costumbres.

Lo tercero. *Jesús suplica á sus discípulos otro proverbio que se debe aplicar al apostolado.* "Porque en esto se verifica aquel proverbio: uno es el que siembra y otro es el que siega....". Primero. Este proverbio se verifica en el sentido propio y natural y nos advierte dos cosas: la primera, que no se necesita hacer un gran capital de la propia vida. Muchas veces unos se aprovechan del trabajo de los otros; comienzan unos una obra y cogiéndolos repentinamente la muerte, la acaba otro: nosotros trabajamos y sembramos, y no permitiéndonos la muerte el gozar los frutos, otro siega y los recoge. La segunda, que no hemos de trabajar para nosotros solos. Los que nos han precedido han trabajado para nosotros; debemos dar gracias á Dios y rogar por ellos; pero es obligación nuestra trabajar también para los que nos seguirán.

Segundo. Este proverbio se verifica aplicándolo á las funciones de los apóstoles.... "Yo os he enviado á recoger lo que vosotros no habéis trabajado; otros han trabajado y vosotros habéis entrado en su trabajo....". Los patriarcas y los profetas y los santos doctores de la ley habían sembrado, esto es, dispuesto de largo tiempo los espíritus á recibir el Mesías. Cuando los apóstoles lo anunciaban y daban su bautismo, segaban el campo sembrado por otros.

Tercero. Este proverbio se verifica aplicándolo á las funciones apostólicas de nuestro tiempo. Los apóstoles y sus sucesores trabajaron el terreno inocente de las naciones y lo sembraron; sus trabajos fueron regados con su sangre y con la de los mártires; de esta manera ha llegado hasta nosotros la fe. Es también verdad respec-

to á los particulares, que uno siembra y otro recoge; uno instruye, otro hace nacer los buenos pensamientos y otro acaba de convertir. Uno dirige en el camino de una vida santa, otro recoge los últimos suspiros de una muerte preciosa. De este modo la predicación evangélica forma como dos cadenas que parten de Jesucristo, de las cuales la una sube hasta el principio del mundo y la otra baja hasta nosotros y se extenderá hasta la consumación de los siglos, hasta el tiempo de la siega última, que será el día del juicio final.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio, cuán admirables son vuestras obras! Bienaventurados los que habrán caminado en los caminos de vuestra misericordia y trabajado para cumplir vuestros designios. ¡Oh Jesús! si vos os olvidáis del mantenimiento de nuestro cuerpo por alimentarnos de la voluntad de vuestro Padre, que ca mi santificación, ¿cuánto debo yo emplearme en ella? Me resolví, ¡oh Jesús mio! estar conmigo para fortalecerme y bendecir mis estuches. Amen.

MEDITACION LXII.

CONVERSION DE LOS SAMARITANOS DE SICAR.

San Juan, cap. IV, v. 29, 45.

Consideremos con el sagrado historiador: lo primero, la docilidad de esta gente; lo segundo, su perfección, y lo tercero, la eminencia de su fe.

PUNTO I.

DOCILIDAD DE SU FE.

Tres cualidades admirables de la fe de los samaritanos se deben considerar desde el principio de su conversión.

La primera. *Fe pronta.* "De los samaritanos de aquella ciudad muchos creyeron en él por las palabras de aquella mujer que aseguraba: él me ha dicho todo lo que yo he hecho....". Los samaritanos de Sicar estaban persuadidos á que ya estaba cerca el Mesías; para creer en él solo les bastaba el testimonio de la samaritana. Este testimonio no era sospechoso; ella no podía engañarse sobre lo que había oído al Señor, que le reveló hasta las cosas mas secretas de su vida; por otro lado, no tenía intención ni voluntad de congnar á sus conciudadanos, ni para esto tenía interés alguno; y todos la conocían, que era de un

carácter incapaz de pensar en esto. Todos aquellos que buscan candidamente la verdad y sin algún designio de impugnarla, presto quedan persuadidos y convencidos.

La segunda, *fe operativa*. "Y viniendo á él los samaritanos, le suplicaron que se detuviese en aquel lugar, y se detuvo allí dos días. . . . Muchos salieron de la ciudad y vinieron con la Samaritana á encontrar á Jesús para suplicarle que entrara y se detuviera en ella algún tiempo. Condescendió el Señor con sus deseos; fué con ellos y se detuvo allí dos días. . . . ¡Oh! ¡y cuán cariativo es Jesucristo! Va con gusto, se detiene dos días y conversa de buena gana con aquellos que lo llaman con espíritu de verdadera fe y de amor. ¿Quién podrá jamás explicar cuál fué el júbilo de estos nuevos prosélitos? ¿con qué diligencia vinieron á recibirlo los de la ciudad? ¡y tú, celante Samaritana, con qué sentimientos ves el éxito feliz de tu apostolado? ¿con qué satisfacción viste á tu Maestro divino recibido como en triunfo por tus conciudadanos? ¿con qué ardor lo seguiste por todos los lugares por donde andaba?"

La tercera, *fe atenta*. "Y muchos más creyeron en él en virtud de su palabra." Muchos se apresuraron para oír á Jesús. Y ¡oh! ¿con qué gusto se puso el Señor á instruir unos corazones tan bien dispuestos! De hecho, creció el número de los que creyeron en él. . . . Entonces comprendieron sin duda los apóstoles de qué comida y de qué siega les había hablado Jesús! ¡Ah! ¡y cuán al contrario van las cosas entre nosotros! Cada día se disminuye el número de los creyentes y se debilita la fe, porque no se escucha á Jesucristo y porque en lugar de leer libros de piedad y de meditar el Evangelio, se leen y se oyen cosas que lisonjean las pasiones y encienden una vana y peligrosa curiosidad.

PUNTO II.

PERFECCION DE SU FE.

Lo primero. *Su fe es perfecta en el motivo*. Creer sobre la palabra de Jesucristo: los habitantes de Sicar sentían y conocían el precio de la vida eterna y se alegraban de haberla recibido. La Samaritana quería participar y gozar de cuanto sucedía, y así se hallaba siempre en compañía de los más fervorosos. . . . "Y le decían á la mujer, nosotros no creemos ya por respecto á tus palabras; nosotros mismos lo hemos oído."

Aquí se ve cómo las instrucciones de Jesucristo despreciadas en Jerusalem, son respetadas en Samaria. . . . El samaritano abre los ojos al

1 Véase la meditación antecedente, páginas 119, 121, 422.

primer rayo de la luz divina, cree en Jesucristo al oír sus discursos, y el judío no cree en él aun cuando lo ve hacer milagros: así se ve muchas veces vacilar en la fe de un cristiano en medio de las luces más vivas, mientras que el bárbaro á la voz sola de un misionero, de un varón apostólico, cree y vive según su fe.

La Samaritana no respondió á las palabras de sus conciudadanos, y bien lejos de ofenderse de lo que le dijeron, queda satisfecha de que solo se atiende á Jesucristo, aunque no hagan caso de sus palabras. . . . Tal es el carácter del verdadero celo, siempre lleno de amor y de desinterés. Por grande que haya sido la humildad de esta mujer, siempre será verdad que si ella no hubiera creído primero, no habría anunciado á sus conciudadanos el Mesías, y estos acaso no hubieran sido iluminados con la luz del Evangelio. ¡Admirable concatenación de gracias! La salvación y la perfección de muchos, frecuentemente depende de la conversión de uno solo.—La primera gracia recibida con fidelidad ó rechazada con obstinación, es por lo común el principio ó de una perfecta santidad ó de una terrible reprobación.

Lo segundo. *La fe de los habitantes de Sicar es perfecta en su objeto*. "Nosotros mismos lo hemos oído; y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo. . . ." ¡Oh! ¡y cuántas verdades se ven unidas en estas palabras! Comprenden todo lo que forma el objeto de nuestra fe; porque si Jesucristo es el Salvador del mundo, es necesario creer todo aquello que nos ha revelado y que la Iglesia nos enseña. ¡Afortunados sicaritas! vosotros sois los primeros que habéis pronunciado sobre la tierra este nombre divino de *Salvador*, después de haberle anunciado el ángel á los pastores de Belén; vosotros experimentáis y probáis que el verdaderamente es Salvador, no solo de los judíos, sino también vuestro y de todos los hombres del mundo.

Lo tercero. *La fe de los samaritanos es perfecta en su duración*. "Pasados, pues, los dos días se partió de allí y se fué á la Galilea. . . ." Después de haberse detenido dos días en Sicar, partió Jesús; pero no se desvanecieron después de su partida los frutos de su predicación. Separándose Jesús de los sicaritas, les dejó su espíritu, su gracia y su amor. ¿Quién podrá jamás decir con qué sentimientos, con qué protestas de fidelidad, con qué acciones de gracias acompañaron estos fervorosos neófitos los últimos adios que le dieron á Jesús? ¿podrían ellos jamás olvidar el favor que les había hecho, las instrucciones que les había dado y las gracias de que los había colmado?

PUNTO III.

EMINENCIA DE LA FE DE LOS SAMARITANOS.

Lo primero. *Fe eminente que condena la infidelidad de Nazareth y la rebeldía y dureza de Jerusalem*. La primera de estas ciudades había oído á Jesús; la segunda había visto sus milagros. La primera era reputada patria de Jesús porque en ella se había criado; la segunda lo era efectivamente, porque era la capital de la Judea donde había nacido. Pero viendo que ni la una ni la otra correspondían á sus fatigas, quiso de nuevo tomar la determinación que ya había seguido después de su bautismo. Se fué hacia la Galilea, donde los pueblos estaban bien dispuestos a recibirlo y a oírlo. Le alejó de Jerusalem, y no fué á Nazareth "porque el mismo Jesús había afirmado que no se concilia respeto un profeta en su patria. . . ."

Lo segundo. *Fe de los habitantes de Sicar, eminente y muy superior á la fe de los galileos*. "Luego que llegó á la Galilea, fué bien recibido de los galileos que habían visto todo lo que había hecho en Jerusalem en el día de la fiesta; porque ellos también habían ido á la fiesta. . . ."

No fué exenta de todo motivo humano la fe con que los galileos recibieron á Jesús. Lo miraban ellos como de su misma patria, y juzgaban que la gloria de sus milagros debiese reinar sobre ellos mismos y hacerlos superiores á los judíos, que estaban acostumbrados á despreciarlos. Los sicaritas, al contrario, bien que extranjeros respecto de Jesucristo, habían creído en él con una fe perfecta, solo por haberlo oído, y sin haber visto algún maravilloso efecto, á lo menos exterior, de su divina potencia.

Lo tercero. *Fe de los sicaritas eminente, y que condena la debilidad y la imperfección de la nuestra*. ¡Ay de mí! nosotros tenemos la palabra de Jesús, conocemos sus prodigios y vemos el cumplimiento de sus oráculos, y con todo eso, si defendemos la causa de Jesucristo ó de su religión y si nos decimos cristianos, muchas veces lo hacemos estimulados de nuestra propia gloria y por no deshonrarnos.

PETICION Y COCLOQUIO.

Afortunados habitantes de Sicar, vuestra fe será el modelo de la mía. ¡Oh Jesús! estos fieles samaritanos os reconocieron por su Salvador, y no solo suyo, sino también de todo el mundo entero; yo os reconozco por el mío en particular y no quiero ya otra ciencia, otra felicidad ni otra consolación que servirlos y adorarlos en el tiempo para poderlos glorificar en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXIII.

JESUS ESTANDO EN CANA SANO EL HIJO DE UN SEÑOR, ENFERMO EN CAFARNAUM.

San Juan, c. IV, v. 44, 54.

Admírennos: lo primero, la solicitud y cuidado de este padre; lo segundo, su fe; lo tercero, los beneficios que recibió de Jesucristo.

PUNTO I.

LA SOLICITUD DE ESTE PADRE.

Lo primero. *Observemos su atención en informarse dónde está Jesucristo y qué camino lleva. . . .* "Fué, pues (Jesús), de nuevo á Cana de Galilea, donde había convertido el agua en vino, y había un cierto régulo¹ en Cafarnaum, el cual tenía un hijo enfermo; y habiendo oído decir que Jesús había venido de la Judea á Galilea, se fué á él. . . ."

Este señor tenía un hijo, objeto de sus ternuras, enfermo en Cafarnaum. El mal era tan violento, que ya no se esperaba remedio sin un milagro. Jesús en esta ciudad había hecho un gran número; pero entonces estaba ausente; triste situación para un padre afligido y en punto de perder lo que más amaba en este mundo! Pregunta, se informa dónde está Jesús, está atento á todo lo que de él se dice, y finalmente, le dan la noticia de que había partido de la Judea, y que pasando por Samaria iba á la Galilea.—Si tuviéramos por la salvación de nuestra alma este mismo cuidado y esta misma diligencia que tuvo este padre por la sanidad de su hijo, á su tiempo nos informaríamos de cuanto puede contribuir á nuestra perfección y santificación, y no tendríamos por tan difíciles aquellos medios que son á propósito para encontrar á Jesús, y en él nuestro socorro y el alivio de nuestros males.

Lo segundo. *Consideremos el viaje que emprendió este afligido padre*. Con el temor de que Jesús llegue tarde á Cafarnaum, se determina á irle al encuentro para suplicarle que apresurase su camino. Para esto no se fia de alguno, deja su hijo por ir á buscarle el socorro; parte sin que puedan detenerlo ni lo largo del camino ni la fatiga del viaje.—No es esta nuestra conducta cuando se trata de nuestra salvación. Cada cosa, por

1 San Gerónimo lo llama *Palatino*, esto es, cortesano del rey Herodes Antipa, llamado rey de los galileos por adulación. Muchos intérpretes son de opinión, que Herodes Tetrarco había dado á este señor, según las apariencias gentil, el gobierno perpetuo de la Galilea con su territorio, y por eso se llama régulo, ó pequeño rey. . . .

pequeña que sea, nos espanta, y nos dejamos vencer aun de la mas minima dificultad.

Lo tercero. *Vamos cuál es la humildad de su réplica.*—“Y le rogaba que fuese á sanar á su hijo que estaba moribundo...”

Encontró á Jesús en Caná, corrió á contarle el motivo de su aflicción, y solicitó su corazón con confianza y con humildad.... Si esta oración fué defectuosa por ciertos respetos; fué, no obstante, respetuosa y fervorosa.—¡Ah! tengan sobre todo las nuestras estas dos cualidades.

Lo cuarto. *Admiremos la perseverancia de este extranjero.*—Su fe imperfecta tenía necesidad de instrucción; Jesús lo instruyó, y dispuesto á concederle lo que pedía, no quiso manifestarle su voluntad, antes lo reprendió diciéndole: “vosotros si no veis milagros y prodigios, no creéis.”

Debemos reflexionar que Jesucristo antes de obrar en lo externo los prodigios, tuvo siempre en mira el cambio del corazón; por lo cual dijo también á este régulo: vosotros, hombres honrados en el mundo por vuestro nacimiento ó por vuestras dignidades, no recurrís á mí sino impelidos de vuestras necesidades personales; si no concedo milagros á vuestra curiosidad, ninguna otra cosa es capaz de persuadirnos que soy el Mesías, y pretendéis señales extraordinarias que os distinguan en presencia de los hombres ó que os concedan prodigios segun vuestras necesidades. Si queráis satisfacerlos, creéis; de otra manera, ni siquiera pensáis en instruirnos. ¡Ay de mí! no es por ventura esta nuestra conducta? no son las aflicciones temporales las que nos hacen recurrir á Dios? no hace mas impresion en nosotros una desgracia ó un accidente, que nuestros espirituales desórdenes y el peligro de perdersen eternamente?

Humilló Jesús con esta reprensión el orgullo del régulo; pero no dejó de encenderle sus deseos de animar su esperanza y de ejercitar su fe, y tanto mas la ejercitaba, cuanto que diciendo estas palabras no daba señales de disponerse á partir: contaba todos los momentos este desconsolado padre, y siempre temía que viniese ya tarde el remedio. No obstante esto, bien lejos de disgustarse, se humilla y renueva sus instancias. “Respondióle el régulo: ven, Señor, antes que mi hijo se muera; mi hijo está ya á los extremos; daos prisa antes que se muera...” Afortunado padre, tu perseverancia será coronada mas aun de lo que tú esperas.... *Ves, tu hijo vive.* De hecho en el momento mismo Jesús lo sanó en Cafarnaum.—Aprendamos una vez á conocer el Señor á quien servimos. Si nos reprende, si parece que nos desecha, si dilata el oírnos, es siempre su amor el que le hace obrar, y siempre para provecho nuestro. Pidámosle con resignación los bienes temporales, el éxito de nuestros negocios, la sanidad del cuerpo, y cuando por nuestro bien nos los niegue, inclinemos humildemente la cabeza á su santísima voluntad. Pero

los bienes espirituales pidámoslos con instancia y con perseverancia, que él nos dará siempre mas de lo que le pidamos.

PUNTO II.

LA FE DE ESTE PADRE.

Consideremos lo primero. *El principio é imperfección de su fe.* Este Señor, segun las apariencias, gentil y descendiente de los antiguos tiranos establecidos en la Galilea, había concebido por lo que se le había dicho en Cafarnaum, una idea imperfectísima de Jesús. Creía, es verdad, que podía sanar á su hijo; pero pensaba que no pudiese hacerlo sin verlo, tocarlo y hablarle.... No sabía que podía obrar sus milagros igualmente desde lejos que desde cerca; que no era necesaria su presencia y que bastaba un solo acto de su voluntad. Estaba muy lejos de creer que Jesucristo fuese el Hijo de Dios, Criador y Señor del universo.—¿Es esta la idea que nosotros tomamos de Jesucristo? ¿la tenemos como nos la representa y como nos la pide la fe?

Lo segundo. *El progreso de su fe.* La reprensión que Jesucristo le dió, hizo impresion en su corazón, y cuando lo oyó pronunciar con tono de autoridad: *Ves, tu hijo vive,* creyó á su palabra y se fué; creyó este milagro sin verlo, y dió á conocer que no era del número de aquellos de quienes había dicho el Salvador que no creen si no ven.—No es por ventura tal nuestro juicio? no se oye aun algunas veces entre nosotros, *quisiera ver un milagro?* Palabra de infidelidad capaz de irritar al Señor; señal de una fe lánguida y acaso enteramente muerta. Aprendamos de este grande á creer sin haber visto; en esto consiste el mérito de la fe, y en esta debemos colocar nuestra fidelidad y nuestra confianza.

Lo tercero. *La perfección de su fe.* Consolado con la firme persuasión de que su hijo estaba sano, luego al punto se partió.... Continuó el día siguiente su viaje, revolviendo sin duda en su pensamiento lo que Jesucristo le había dicho.... “Y cuando volvía le salieron al encuentro los criados....” testigos de la repentina sanidad, “y le dieron la noticia de que el hijo vivía....” A esta nueva, sus expresiones no fueron de una vana alegría.... No olvidándose de sí mismo, fijó sus pensamientos sobre su bienhechor y quiso examinar con diligencia el suceso, que podía tener consecuencias muy importantes, de la salud de su hijo. “Les preguntó por tanto á qué hora había comenzado á estar mejor, y ellos le respondieron: ayer á la hora sétima lo dejó la calentura:” esto es, á una hora despues del mediodía. “Reconoció en esto el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le había dicho: *Tu hijo vive,* y creyó....” Comprendió

que Jesús no solo había predicho la sanidad de su hijo, sino que también la había obrado. Sobrecogido, y con razon, de un poder tan divino, no solamente creyó á la palabra de Jesús, sino también en el mismo Jesús. Creyó que él era el Hijo de Dios y el Mesías esperado, á quien se debía seguir para conseguir la salud.

Lo cuarto. *El celo de su fe.* “Y creyó él y toda su casa....” La verdadera fe no está privada de celo; una fe viva no está muda y ociosa. El padre instruyó á su hijo y á toda su casa sobre las obligaciones que tenían á Jesús, y les habló con tal eficacia, que empeñó á toda su familia á creer en él.—Debemos imitar un tal ejemplo, y principalmente las personas constituidas en dignidad, los padres y los señores: todos los cristianos tienen en sus sentidos externos é internos una especie de casa y de familia, que gobiernan y que deben contener en las reglas de la verdadera fe. Estando, pues, nosotros en compañía ó solos, hallándonos en cualquier lugar, haciendo cualquiera cosa, nuestros ojos, nuestras orejas, nuestra lengua, nuestra postura, nuestro semblante, nuestra imaginación, nuestra memoria, nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestros pensamientos y nuestros deseos, nuestros designios, nuestras empresas, nuestro trabajo y nuestro reposo; todo, en suma, debe estar ordenado por la fe; todo en nosotros debe anunciar un hombre que cree y en quien todo cree.

“Este fué el segundo milagro que hizo de nuevo Jesús después que volvió de la Judea á la Galilea.... El segundo milagro que Jesús hizo en Caná de Galilea....” Si nosotros hiciésemos reflexion sobre los infinitos acaecimientos de la vida, encontraríamos en ellos con qué alimentar nuestra fe y nuestro amor para con Dios; veríamos en ellos sensiblemente los efectos admirables de la bondad de Dios, de su providencia y de su poder. ¡Ay de mí! nosotros solo pensamos en gozar de los bienes de Dios, sin reflexionar sobre aquel de quien los recibimos.

PUNTO III.

LOS BENEFICIOS RECIBIDOS POR ESTE PADRE.

Primero. *La sanidad de su hijo.* ¿Cuántas veces nos ha sanado Dios á nosotros y á nuestros próximos de graves enfermedades? ¿Le hemos dado por ello las debidas gracias? ¡Ah! acaso el beneficio fué recibido y olvidado al mismo tiempo.

Segundo. *El don de la fe,* infinitamente mas precioso que la vida. También nosotros hemos recibido este inestimable beneficio. ¡Ah! no cesemos de darle gracias al Señor....

Tercero. *La severidad con que fué tratado por Jesús.* Le reprendió públicamente su poca fe, es verdad; pero con esto lo hizo humilde y entrar en sí mismo. Refusó conformarse con su petición siguiéndolo á Cafarnaum; pero obró en su favor un milagro, y mas grande, y para él mas útil de lo que pedía.

Cuarto. *La enfermedad misma de su hijo.* ¿Quién no se hubiera compadecido de este padre afligido, viéndolo próximo á perder un hijo que tan tiernamente amaba? Y con todo, esto mismo que tan digno de compasion lo hacia á los ojos de los hombres, lo debía conducir á Jesús; no solo á él, sino también á toda su casa, y ponerlos á todos en el camino de la salud. ¡Ah! no tenemos una justa idea ni un justo conocimiento de nuestros verdaderos intereses cuando nos lamentamos de Dios ó cuando murmuramos contra las disposiciones de su providencia. ¡Ah! adoremos su profundidad y su sabiduría. Imitadores de este padre, aprovechémosnos de las enfermedades y de las aflicciones para recurrir á Dios, para mirarnos á él y para despegarnos del mundo. Si nos parece que el Señor usa con nosotros de algún rigor, que rehusa conocernos nuestras peticiones, no nos desanimemos, miremos antes bien como favores sus rigores, y estemos bien persuadidos de que cuanto viene de su divina mano es siempre para nosotros el mayor bien.

PETICION Y COLOQUIO.

Hacedme, ¡oh Señor! la gracia de conocer esta verdad y de aprovecharme de ella; hacéd que me viva santamente de cuanto vuestra sabiduría y vuestra bondad dispondrán para mi mayor ventaja. No mireis, Señor, á mis inclinaciones ni á mis repugnancias, antes bien sostened mi debilidad cuando os opongais á mis propios deseos. Acrecentad mi fe, hacéda firme, operativa y perfecta, como lo hiciste con el Régulo del Evangelio. Dadme el celo que él tuvo para daros á conocer y amar. Dignaos de hacermos oír aquella palabra digna de vos, llena de consolación: *tu alma está ya sana, tu alma vive con la vida de la gracia,* y después de haberla librado de sus enfermedades, dignaos también de conservarla reconocida, amante y fiel hasta el último momento de sus combates sobre la tierra. Amen.



MEDITACION LXIV.

LIBRA JESUS UN ENDEMIADO EN CAFARNAUM.

San Mateos, c. I, v. 21, 23.
San Luc, c. IV, v. 21, 38.

Consideremos: primero, la persona de Jesucristo; segundo, las astucias del demonio, que Jesucristo echó fuera de aquel infeliz; tercero, la conducta del pueblo, testigo de este milagro.

PUNTO I.

LA PERSONA DE JESUCRISTO.

Lo primero. *Su celo en instruir.* "Y bajó á Cafarnaum" ciudad de la Galilea... y entrando el sábado en la sinagoga, enseñaba..." Era Cafarnaum, como ya hemos dicho, el centro de las misiones de Jesucristo. Este divino Salvador, acompañado de sus cuatro discípulos, había ido á Cana, donde hizo el segundo milagro de sanar el hijo del Rígulo, cortesano del rey Herodes Antipa, a quien los galileos por adulación llamaban rey; volvió de allí á Cafarnaum, y sin tomar un poco de tiempo para su reposo, empezó á enseñar. Fuera de las instrucciones que hacía privadamente todos los días, las hacía también públicamente en la sinagoga todos los sábados, porque el pueblo se juntaba á orar y á oír la explicación de la sagrada Escritura. Buen ejemplo para los cristianos que no quieren ir los días de fiesta á las parroquias á oír la palabra de Dios y la explicación de la doctrina cristiana, tan recomendada por la Iglesia y por varios concilios; privándose de los socorros de la gracia de Jesucristo, que nos dió ejemplo y nos convida con su asistencia á estas sagradas funciones.

Segundo. *La autoridad de Jesucristo en su enseñanza.* "Y se pasmaban de su doctrina, porque no los enseñaba como uno que tiene autoridad, y no como los escribas..." Los escribas enseñaban á la manera de los hombres, cuya costumbre es referir con ostentación los sentimientos de otros y cuyos discursos contienen mas dudas y conjeturas que verdades sólidas y ciertas. No enseñaba así Jesús, porque ó revelaba misterios, ó explicaba las profecías, ó daba reglas ciertas de moral y de costumbres; lo hacía sin ostentación y sin fausto, con seguridad, con precisión y en tono de legislador y de Maestro, y con una dignidad y majestad mas que de hombre. Así

1. Se decía bajar á Cafarnaum porque esta ciudad era marítima, y subir á Jerusalem porque esta se hallaba situada sobre una montaña.

debía hablar el Hijo de Dios á los hombres y así conviene que nosotros anunciemos su doctrina.

Tercero. *La potestad de Jesucristo sobre los demonios.* "Y había allí en la sinagoga un hombre poseído del demonio y del espíritu inmundo, el cual exclamó diciendo: ¿qué tenemos que hacer nosotros contigo Jesús Nazareno? ¿Has venido á perdernos? Sé quien eres, el Santo de Dios; y Jesús le gritó diciendo: emudece y sal del hombre... Y maltratandolo fuertemente el espíritu inmundo, y dando grandes alaridos, salió de él..." Siente mucho el espíritu inmundo salir del corazón de un pecador. Antes de salir y dejar al miserable que poseía, le hizo experimentar violentos retorcimientos, convulsiones horribles y dar grandes gritos; y lo tiró en tierra en medio de la multitud con tal vehemencia, que hizo creer que lo había muerto; pero fue impotente su rabia; el hombre se halló sin heridas, sano y bueno, tanto en el cuerpo como el alma. ¡Oh Jesús! adoro vuestro divino poder, dignos de ejercitarlo sobre mí; haced callar y echad de mi corazón el espíritu de queja, de crítica, de maledicencia, de que estoy poseído; haced callar y echad de nosotros los demonios de la impureza y de la herejía, que no cesan de seducir las almas, que vos habeis formado para que os sirvan y amen.

Cuarto. *La estimación que Jesucristo se adquirió en todo el país.* "Y corrió luego su fama por todo el país de la Galilea;" era bien justo el crédito que había adquirido Jesús, y todos debían reconocer por las señales de bondad y de poder, que él era el libertador que Dios había prometido al mundo.—Me alegro, ¡oh Salvador mío! que empiece vuestro nombre á hacerse conocer; bien presto lo llevarán vuestros apóstoles hasta los últimos fines de la tierra. ¡Ah, adórenlo todos los pueblos! ¿Y por qué no puedo yo contribuir á extender y á acrecentar vuestra gloria? Haced, Señor, por lo menos, que os glorifique en mí mismo, que medite vuestra grandeza, que goce solo de vos, que piense solo en vos, que espere solo en vos y que os ame solo á vos.

PUNTO II.

DEL DEMONIO.

Primero. *Sus quejas.* "¿Qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¡oh Jesús Nazareno! ¿Has venido tú para perdernos?...". Esto es: no nos quieras quitar la posesión que ya tenemos; no nos inquietes: ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿por qué te empeñas tanto en perdernos y en hacernos la guerra? Semejantes son también ahora las quejas del demonio, especialmente del de la impureza y de la herejía, contra el celo que las persigue, calificado por ellos de amargo, inquieto y excesivo; y los que las com-

PUNTO III.

DEL PUEBLO.

baten son tachados de hombres inquietos y peligrosos, que solo buscan satisfacer su odio, su envidia y su ambición, con el pretexto de celo y bajo la apariencia de destruir los vicios tiran á perder las personas. Pretenden y gritan que se deje el mundo tranquilo, que cada uno obre según su capricho y crea como mejor le parezca. Hacemos acaso, dicen, en esto mal á nadie? ¿dejamos de ser por eso buenos ciudadanos, súbditos menos fieles y miembros menos útiles á la sociedad? Callad, pérfidos demonios; ¿la pérdida de las almas que precipitais en el infierno, no es bastante motivo para encender el celo y hacerlo sordo á vuestros gritos?

Segundo. *Las astucias del demonio.* "Después de esta queja empezó el demonio á confesar á Jesucristo y ensalzar su santidad." Yo sé quién eres, Santo de Dios. Quejas, alabanzas, amenazas y adulaciones, todo lo empeña el demonio para engañarnos. ¿Quién mas alaba la bondad de Dios y sus misericordias que el demonio y el espíritu de la impureza? ¿Quién hay que hable con lenguaje mas devoto y que haga mayor pompa de las expresiones de la Escritura y de los santos padres, y que se glorie mas de estar versado en el conocimiento de las cosas de la religión, que el demonio de la herejía? Callad, demonios engañadores, estas santas expresiones en vuestra boca son otras tantas blasfemias, porque vosotros sacais malas consecuencias y porque usais de ellas para un perverso fin.

Tercero. *El furor del demonio.* Obligado el demonio por el imperio de Jesucristo á callar y á abandonar la presa, da á entender en el obedecer su rabia y su crueldad... Imagen natural de lo que hace sufrir á un pecador que piensa echarlo de su corazón y convertirse... ¡Oh cuánto le cuesta el ir á declarar su vergonzosa caída y á confesar haber faltado y seguido el error! ¿Cuánto conviene que combata para romper sus hábitos, para renunciar á sus prácticas y para santificar aquella pretendida felicidad, con para la ilusión lo deslumbrar?... Coraje, almas cristianas; estos son los últimos esfuerzos de un enemigo cruel cuyo yugo debéis sacudir; sea en hora buena grave, sea difícil cualquiera pena que tengais que sufrir, acabad de romper los yerros de esas cadenas, que en vuestra libertad encontrareis vuestra felicidad.

Cuarto. *La impotencia del demonio.* En vano se atormentó, en vano se agitó; le fué preciso obedecer: en vano al dejarlo lo echó con furia en tierra en medio de la gente; él no pudo hacer mal alguno, sus esfuerzos y sus gritos no sirvieron de otra cosa que de hacer mas manifiesta su flaqueza y su desesperación. Somos nosotros demasiado dichosos en tener un Salvador tan poderoso; sea pues cruel el demonio; ¿temdremos que temer si estamos unidos á Jesucristo?

Primero. *Su admiración sobre la doctrina de Jesucristo.* "Y quedaban maravillados de su doctrina." Las máximas que enseñaba Jesucristo, eran las mas puras, y la santidad de su vida correspondía á la de sus discursos. Esto es lo que sorprende grandemente á los galileos. No estaban acostumbrados á ver una semejante conducta en sus doctores para convencer y convertir. Estos sabían bien predicar é instruir, y lo hacían con ostentación y con fausto; pero Jesucristo anunciaba y persuadía, sin afectación y sin estrépito, las mas sublimes verdades. Si nosotros escucháramos atentamente cuando Jesucristo nos dicta al corazón, quedaríamos aturdidos como los galileos. El corazón es el lugar donde él nos enseña, no como los hombres, sino de una manera divina é infalible. Aquí es donde sin revelarnos otras verdades que aquellas que nos enseña la fe, nos hace sentir el precio, la belleza, la riqueza y la importancia, y nos hace concebir, gustar y amar.

Segundo. *El aturdimiento del pueblo por el endemiado.* Y á la verdad, ¿qué espectáculo podía ser mas espantoso que este endemiado que se veía agitado de crueles convulsiones y daba horribles gritos? ¡Ay de mí! mas horror causa el estado de un alma en pecado mortal en que reina el demonio: ¿y qué cosa será el infierno, en que se hallarán unidos todos los demonios y todos los réprobos?

Tercero. *La admiración del pueblo á la vista del poder de Jesucristo.* "Y todos quedaron admirados." Había ya visto el pueblo que Jesucristo en Cafarnaum mismo, aun sin estar presenciado en el hijo del réculo, como sucedió en la santidad del hijo del réculo, ejercitaba un soberano poder sobre todas las especies de enfermedades; pero no lo habían visto aun mandar al demonio. Esta manera de visto aun mandar al demonio. Esta manera de enseñar parecía tanto mas nueva, cuanto que enseñar se había oído decir que algun profeta hubiese ejercitado semejante imperio. El modo con que se había obrado este prodigio no era menos admirable que el prodigio mismo. No obstante sus gritos espantosos, sus quejas y sus adulaciones, el espíritu inmundo, con dos palabras solas de Jesucristo, tuvo á bien callar y abandonar su presa.

Cuarto. *Los discursos del pueblo sobre lo accaduto.* "¿Se preguntan unos á otros: ¿qué cosa es esta? ¿qué nueva doctrina es esta? pues él manda con autoridad aun á los espíritus inmundos y obedecen..." Esto es, este hombre predica diverdecen...". Esto es, este hombre predica diverdecen tanto en las obras como en las palabras: deroso tanto en las obras como en las palabras: los milagros acompañan sus discursos, y tan fácil le es hacerse obedecer del infierno, como mostrar el camino del cielo... Estas cosas hicieron tal

impresión en el pueblo, que no se hablaba ya de otra cosa que de la grandeza y el poder de Jesucristo; por lo que se divulgó luego la fama de él por todo el país de la *Galilea*. ¡Ay de mí! ¡cuáles son nuestros razonamientos! ¿por qué la grandeza, la bondad y la potencia de Jesucristo no suministran jamás materia á nuestros discursos y á nuestras reflexiones?

PETICION Y COLOQUIO.

Haced, ¡oh Jesús mío! que todo el mundo piense en vos, que toda la tierra os conozca y que toda mi alma sea penetrada de vos; sed, ¡oh Jesús mío! el solo objeto de mi admiración y de mi amor. ¡Qué suerte para mí mas feliz que teneros por maestro! Instruidme siempre mas y hacédme la gracia de ser mas fiel á practicar vuestras divinas lecciones. Renovad en mí, ¡oh poderoso libertador! las obras de vuestra misericordia; cedad de mi corazón el poder del demonio; libradme de su tiranía; concedéme que triunfe y no permítame que sea su víctima en el infierno. Antes bien hacéd que sea conquista vuestra en el cielo. Amen.

MEDITACION LXV.

SANA JESUS LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

S. Marc., I, 29, 31. S. Luc., c. VI, 38, 39. S. Mat., c. VIII, v. 14, etc.

Las tres cosas que nos propone el sagrado texto para esta meditacion, son; primero, la enfermedad de la suegra de san Pedro; segundo, su sanidad milagrosa; tercero, el uso que hizo de ella.

PUNTO I.

SU ENFERMEDAD.

“Y saliendo Jesús de la sinagoga.... Entró en casa de Simon y de Andrés; y la suegra de Simon estaba en cama con calentura....”

Las calenturas del alma son las pasiones, la ambición, los placeres, el interés, la cólera, la maledicencia, la envidia, el orgullo, el amor, el odio; todas estas son calenturas que destruyen la sanidad del alma y le quitan la vida de la gracia. Examinemos de cuál de estas calenturas está enferma nuestra alma ó de cuántas especies de calentura está ella atormentada. ¡Ah! gimamos y llloremos por nuestra desgracia, para animarnos á desear nuestra curación.

Lo primero. *Consideremos los males que nos ocasionan las pasiones.* A manera de calenturas

violentas, nos atormentan con continuas agitacione; ya nos dejan helados de temor, ya nos llenan de sospechas, ya de desesperacion; ahora nos encienden de cólera, de despecho, de amor, de odio; luego de llamas de impureza, de estériles deseos, de esperanzas quiméricas. Algunas veces se combaten entre si mismas, nos destrean sin piedad y nos tienen en un violento petro, en un martirio. Todo el mundo conoce nuestra desgraciada situacion, y nosotros solos estamos ciegos; ya llamamos bien al mal, honor á la insolencia, libertad á la esclavitud y placer al tormento; miramos, en una palabra, como nuestro sumo bien, nuestra suma miseria.

Lo segundo. *Consideremos el estado á que nos reducen nuestras pasiones.* A manera de las calenturas, nos ponen en un estado lastimoso de debilidad, de hastio y de impotencia de tomar un poco de reposo; ya no tenemos fuerzas para combatir á los enemigos de la salud, y sin resistencia alguna nos dejamos llevar de todos los caprichos de las mismas pasiones: el uso, el respeto humano y la hipocresía son los únicos motivos para hacer aun alguna cosa buena; y experimentamos un fastidio positivo para todo aquello que mira á la verdad y á la perfeccion y que nos hace bien presto abandonar la leccion, la meditacion, el exámen de la conciencia, la confesion y la comunión; y finalmente, nos lleva á un estado en que ya no sabemos, qué cosa es el dulce reposo que gusta una alma fervorosa en la oracion, en el recogimiento interno, en el ejercicio de la presencia de Dios, en la resignacion en su santísima voluntad y en la confianza en su divina Providencia; y en este estado ¡cuántos pecados no se cometen!

Lo tercero. *Consideremos la mudanza que causan en nosotros las pasiones.* No desfiguran tanto á una persona unas largas y continuas calenturas, como desfigura una viva pasion, por mas que se busquen todos los medios de ocultarla.... Se admiraba antes en aquel jóven una dulzura amable, una obediencia pronta, un fervor exacto, una modestia jovial, un gusto de piedad y de devoción que edificaba. ¡Ay de mí! ya no es mas aquel que era; ya se enuena de un humor impaciente ó inquieto, se le oye hablar en tono áspero, ha tomado un aire arrogante, una manera despreciante, insulta en sus discursos; ahora se ve sumergido en una profunda melancolia, después en una alegría insolente y al fin en una extrema desesperacion. ¡Oh alma! ¡poco ha tan bella, tan pura y ahora tan vergonzosamente desfigurada! Conoce por lo menos de dónde te viene el mal, para buscar prontamente el remedio.

Lo cuarto. *Consideremos la obstinacion y la perseverancia de las pasiones.* No hay calentura tan obstinada y difícil de curar como una pasion que ya ha tomado posesion del corazón. Hubiera sido fácil resistir á los primeros asaltos del vicio; hubiera sido posible extirparlo al mismo ma-

cer; conocía el vicioso entoaque que podía, se liasonjaba que podría tambien después; iba diciendo, que al fin al fin algun dia lo extirparia; pero ahora el infeliz se halla en la precision de mudar lenguaje; ya exclama contra la inutilidad de sus esfuerzos; de ahí comienza á gemir; después al fin se desespera y hace inútiles todas las tentativas. No desesperemos nosotros; tenemos un médico caritativo y omnipotente; recurramos á él con confianza, redoblemos nuestros esfuerzos y será cierta nuestra sanidad.

PUNTO II.

SANA JESUCRISTO LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

Lo primero. *Observemos la intercesion de los apóstoles.* “Y encomendaron á él la enferma....” No ignoraba Jesucristo el estado de esta mujer, pero era conveniente que sus discipulos informados de su poder y testigos de sus prodigios, lo previniesen y le diesen una prueba de su fe, pidiéndole un milagro. De hecho, con aquella confianza que Jesucristo deseaba de ellos, intercedieron por ella. Empleemos para nosotros la intercesion de los santos apóstoles y de todos los santos del cielo con Jesucristo; encomendémosnos á las súplicas de los justos que viven sobre la tierra, y roguemos por nuestros prójimos y por nosotros mismos. Pidamos á Jesucristo lo primero la sanidad del alma, y después, si lo tuviese por conveniente á su gloria y á nuestra salvacion, la del cuerpo. Y si no nos la concede, pidámosle paciencia y la gracia de hacer un buen uso de la enfermedad.

Lo segundo. *Observemos la bondad de Jesús.* “Y acercándose á la enferma la cogió por la mano y la alzó.... Y inclinándose hacia ella, mandó á la calentura, y la calentura la dejó....” Adoro para siempre el divino poder de Jesucristo; pero aquí admiro singularmente su infinita bondad. Vos lo sabéis, ¡oh Dios! cuantas veces me habeis visto en el exceso de mis pasiones, vos me habeis llegado á mí con vuestra gracia, y yo me he retirado de vos con mi resistencia; vos procurásteis mover mi corazón con fuertes recordamientos, y yo los he sofocando con mi disipacion y con nuevos pecados; vos me alargabais la mano para sacarme del abismo, y yo en vez de valerme de esta mano piadosa, he retirado la mia para sumergirme de nuevo en el desórden.

Lo tercero. *Observemos los sentimientos de la enferma.* ¡Cuál fué su consolucion cuando oprimida de los dolores vió en su casa al Salvador de Israel! ¡cuál su esperanza cuando sintió la impresion de aquella mano omnipotente que la tocaba! ¡cuál su júbilo cuando oyó el órden dado para su sanidad y se halló enteramente libre! Es necesario que Jesucristo se acerque primero

al pecador, lo coja como por la mano y lo toque con su gracia para sacarlo fuera del estado en que se halla. Feliz aquel que tocado y sanado, se emplea en manifestar con la práctica de las buenas obras sus sentimientos de gratitud.

PUNTO III.

EL USO QUE HACE LA SUEGRA DE SAN PEDRO DE LA SANIDAD.

Lo primero. *La ocupacion.* “Y ella se alzó, y lo servia....” Hallándose perfecta y repentinamente sana, luego se levantó, hizo preparar la comida y tuvo la consolucion de servir á Jesucristo á la mesa á que estaba sentado con sus cuatro discipulos. Grande ejemplo nos da esta mujer en el uso que hace de la salud luego que la recupero. Empleaba en servir á Jesús aquella misma sanidad que la habia restituido. Tambien nosotros nos debemos servir de los dones del Señor para su servicio y para su gloria. ¡Pero ay de mí! ¿empleamos la salud del cuerpo que nos ha restituído, y la sanidad del alma que hemos recuperado con el perdón de nuestros pecados, en servirlo con nuevo fervor? El servicio de Dios consiste principalmente en amarlo sobre todas las cosas y en observar sus preceptos; después en servir al prójimo, en consolar los afligidos, en sostener los débiles, en instruir los ignorantes, en asistir á los enfermos, en socorrer los pobres, en trabajar por la Iglesia, y en cumplir perfectamente las obligaciones de nuestro estado.

Segundo. *La diligencia de esta mujer.* “Y se levantó y lo servia....” Si nuestro cuerpo goza de salud, ¿por qué pudiendo emplearla en algun trabajo útil la consumimos en un ocio vergonzoso? ¿si está sana nuestra alma mediante una sincera conversion, de dónde nace aquella tiñ sin oca conversion, de dónde nace aquella tibieza en obra y en abrazar los ejercicios de piedad; ¿de dónde aquella lentitud en la práctica de las buenas obras? *Luego ella se levantó,* porque se trataba de servir á Jesús. ¡Ah! cuando se trata de algun interés nuestro, de algun plase trata de algun interés nuestro, de algun plase trata de algun interés nuestro, de algun plase trata de servir á Jesucristo nos hemos de hallar perezosos, indolentes, débiles y descuidados?

Tercero. *La atencion de esta mujer.* Ello es cierto que debiendo ella servir á Jesús, usó toda la diligencia posible para hacerlo bien, que estuvo atenta á todo para que nada faltase; y que finalmente, aun cuando tuviese sumo gusto en oír las palabras del Salvador, no se paró á escucharlas cuando su ministerio se requiera en otra parte; pero cuando sin perjuicio de su deber podía oír las, no le perdió ninguna, teniendo siempre su espíritu ocupado en ellas, mientras que

sus manos estaban diligentes á servirlo. Con una atencion semejante y con el mismo ardor se debe levantar un pecador convertido. Por medio de continuas buenas obras debe reconocer las gracias recibidas. Y si verdaderamente ha resucitado y vive, lo debe manifestar con movimientos animados y regulados de la caridad, de la humildad y de la oracion, y con todas aquellas santas obras que pidan una vida cristiana.

Cuarto. *El afecto de esta mujer.* ¿Quién jamás podrá comprender con qué amor sirvió á Jesús y á sus discipulos? Lo tuvo á mucho honor considerando la grandeza de aquellos á quienes servia; juzgó que era obligacion suya por los beneficios que habia recibido, y halló en servir al Señor una satisfaccion sensible considerando la bondad con que acompañaba sus favores. ¿No servimos nosotros al mismo Señor y tenemos los mismos motivos para servirlo? pues por qué no lo servimos con el mismo afecto? Cuando se sirve con amor, el servicio es mas exacto, mas dulce y mas meritorio. Sin este afecto se hace mal aquello que se hace, ó se hace con pena, con oímiento, con náusea, con fastidio, con impaciencia y con mil quejas y lamentos; de manera que un tal servicio merece ser antes castigado que premiado. Resolvámonos, pues, una vez á obrar siempre por Jesús y por su amor, animemos nuestra fe y no nos será difícil el encender tambien nuestro fervor.

PETICION Y COLOQUIO.

Estoy resuelto, ¡oh Dios mio! á tener siempre á la vista en mi conducta aquel amor que viene inspirado de una fe humilde y laboriosa; á no resistir jamás á vuestros llamamientos, y á seguir en adelante con fidelidad todas las impresiones de vuestra gracia. Pero mandad vos mismo, ¡oh Jesús mio! á las pasiones que me dominan; extended vuestra mano; socorredme y guíadme; sacadme del lodo en que hasta ahora he vivido, y ayudadme y sostenedme para romper mis malos hábitos, rebatir las tentaciones y mortificar mis deseos terrenos y carnales, sin que tenga respeto alguno á los juicios de los hombres ni á mí mismo. Levantadme hasta vos para que siempre viva unido á vos. ¡Ah! haecid que algun dia sean mis sentimientos semejantes á los de la suegra de san Pedro, cuando en mi última enfermedad os dignáreis, ¡oh Jesús! de venir á aliviarme en mis dolores, á visitarme en vuestro Sacramento, y no contento con extender vuestra adorable mano, á daros á mi todo vos mismo y con vos la prenda segura de una vida inmortal. Hablad entonces, mandad, ¡oh divino Salvador mio! A vuestro mandato, desatada mi alma de los lazos de su cuerpo, limpia ya de sus pecados, libre de sus dolores y victoriosa de la muerte, os verá sin sombras y sin nubes y vivirá eternamente con vos. Dia feliz, ¿cuándo vendrás? ¿y dónde encontraré yo alivio

mientras te veo tan lejos? ¡Ah! sabré bien servirme de la libertad que aunque me queda, para ir á encontraros, ¡oh Jesús! Quiero siempre recibirlos con aquellos mismos sentimientos que deseo tener en aquel último dia de mi vida. Amen.

MEDITACION XLVI.

MUCHAS SANIDADES OBRADAS EN LA TARDE DEL MISMO DIA.

San Marcos, I. v. 32, 34.—San Lucas, c. IV, v. 40, 41.—Y san Mat. c. VIII, v. 16, 17.

Jesucristo sana los enfermos, libra los endemoniados y cumple con estos milagros la profecía de Isaias.

PUNTO I.

SANA JESÚS LOS ENFERMOS.

“Y á la tarde, puesto ya el sol: toda la ciudad se habia juntado á la puerta.... Le presentaron muchos endemoniados; y echaba con la palabra los espiritus.... y curó muchos afligidos de varios males. Y imponiendo á cada uno de ellos las manos, los sanaba.”

Primero. *La hora tarda del dia no le da fastidio á Jesús.* A poco tiempo, después de haber sanado la suegra de san Pedro, se puso el sol, y con el dia cesó la obligacion del reposo mandado por todo el sábado, que segun el uso constante de los hebreos, se computaba de una tarde á la otra. Todos los afligidos que esperaban socorro, deseaban con impaciencia este momento, y apenas llegó, e tuvieron prontos y solícitos, ó para llevar á Jesús sus enfermos, ó para presentarse á sus pies con sus propios males. Este divino Salvador, dejándose llevar de los movimientos de su caridad, impuso á cada uno de ellos las manos, y los sanó.—No necesitamos nosotros esperar los momentos en que Jesucristo quiera escucharnos para pedirle gracias: en todas las horas lo hallamos, de noche y de dia; todos los tiempos le son oportunos para recibirnos, para escucharnos y para atendernos: para su caridad no hay hora alguna importuna.—Es, pues, de este carácter nuestra caridad: nos vamos á Jesús á todas horas? recibimos á nuestro prójimo en cualquier hora que recurra á nosotros?

Segundo. *Jesucristo no es molestado por la multitud del pueblo.* Casi toda la ciudad se habia juntado al rededor de la casa de san Pedro y tenian sitiada la puerta; de todos los ángulos de la ciudad de Cafarnaum venian conducidos los enfermos para presentarlos á Jesús.... No fué

violento el ni se disgustó por la multitud. La importunidad y abundancia de los suplicantes no pudieron resistir el poder y la voluntad que tenia de contentarlos, antes bien estaba tanto mas satisfecha su bondad, cuanto mayor campo se lo presentaba de derramar sus beneficios. Esta multitud del pueblo que venia con fe para recibir alivio á sus males, era para su corazon un espectáculo bien agradable. Este espectáculo se renueva aun en nuestros dias, nosotros vemos el pueblo fiel correr en tropas á los templos para adorar á Jesús y pedirle gracias. Unámonos con esta fervorosa multitud, hagámonos su guia, animémosla con nuestro ejemplo, ó á lo menos edificémosla con nuestra modestia y con nuestro recogimiento.

Tercero. *La diversidad de las enfermedades no excede el poder de Jesús.* Todos los que le presentaron fueron sanados, aunque sus enfermedades y sus males fueron grandes, envejecidos é incurables.... “Y curó muchos afligidos de varios males, dice san Marcos; todos aquellos, dice san Lucas, que tenian enfermos de este ó el otro mal, los llevaban á él, y puestas en cada uno las manos, los sanaba....” Modelo de la caridad que deben tener los ministros, siempre dispuestos á visitar enfermos, á asistir á los pobres y á consolar á los afligidos.

Cuarto. *La multitud de los enfermos no disminuye la bondad de Jesús.* Habria podido con un solo acto de su voluntad, con un solo de sus mandatos absolutos, sanar todos los enfermos, pero no lo hizo; quiere imponer sus manos sobre cada uno de ellos en particular, quiere oír sus súplicas, las unas después de las otras, quiere dar á todos el consuelo de poderlo ver y de ser vistos y tocados por él, aun cuando por si misma fuese fastidiosa y repugnante esta funcion. Esta es la caridad con que quiere él que sus ministros nos escuchan en particular, para romper con una particular absolucion las ligaduras de nuestros pecados y reconciliarlos con él. Con la misma bondad se da él todo entero á cada uno de nosotros en el sacramento de su cuerpo sagrado, para servirnos de manjar y sanarnos, para santificarnos y para uniros á él: ¡qué bondad!

PUNTO II.

JESÚS LIBRA LOS ENDEMONIADOS.

Primero. *Le presentaron los endemoniados:* “y echaba con la palabra los espiritus....” El Salvador, que sanaba las enfermedades, tocando los enfermos, echaba los demonios con sola su palabra, para dar á entender y hacer sentir á estos espiritus orgullosos el absoluto imperio que tenia sobre ellos. ¡Oh, y cuán poderosa es la palabra

de Jesús! Si con ella alimentamos nuestros corazones, estaremos siempre dispuestos para oponerla á las sugestiones del demonio, que con todos sus terrores no podrá resistir á una arma tan poderosa.

Segundo. *Los demonios se ven obligados á confesar á Jesucristo.* “Y salian de muchos los demonios gritando y diciendo: tú eres el Hijo de Dios.” ¿Qué significa, pues, esta confesion de los demonios, unida á los espantosos gritos que dan? Son de opinion muchos santos padres, que su pecado fué el no haber reconocido el misterio de la encarnacion del Verbo, y haber rehusado el someterse al Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos debia hacerse hombre.... Ahora lo reconocen, pero ya muy tarde; experimentan los efectos de su poder, lo publican y lo detestan.—Impios, incrédulos, herejes, pecadores de todas las suertes, será doloroso para vosotros, porque seré demasiado tarde el reconocer y confesar á Jesucristo cuando para siempre os echará de su reino y de su presencia.

Tercero. *Los demonios son obligados á callar.* Pero el gritándolos, no les permite decir cómo sabian que él era el Cristo.

Toma Jesucristo con los demonios un tono de amenaza propio de un Señor irritado, y les impone silencio, porque es demasiado malvado su designio en lo que hacen; si alaban, lo hacen por inspirar sentimientos de vanagloria y aljárnos de Dios con hacernos cómplices de su orgullo; si estimulan á hacer algun bien, sus miras son de oponerse á las disposiciones de Dios, cuando por el contrario el Espíritu Santo todo lo regula con sabiduría y dulzura. Jesús sabia en qué tiempo y á quien debia manifestar su divinidad, y disponia insensiblemente los espiritus á recibir esta grande verdad. El demonio al contrario, habria querido precipitarlo todo, descomponer el orden y la concatenacion de una tan sabia economia, é impedir que el edificio de la Iglesia se elevase sobre este sólido fundamento.—Tal es el artificio que usa el demonio cuando no puede retraer una alma del servicio de Dios; la embiste con la indiscrecion, le presenta la idea de una santidad y de una virtud que no conviene á su estado, le inspira los deberes de una penitencia superior á sus fuerzas, á fin de disgustarla y echar por tierra de este modo el edificio de la perfeccion. Guardémosnos de un tal engaño; vivamos dependientes de los avisos de un sabio director; sigamos con simplicidad los caminos que nos enseña la gracia, dejémosnos guiar del espíritu de Dios, y contentémosnos con caminar poco á poco, segun el grado de luz que se nos comunica. Apliquémosnos ante todo á las obligaciones de nuestro estado y á las sólidas virtudes de la humildad, de la obediencia, de la caridad y de la mortificacion, no fiándonos de cualquiera deseo vivaz y activo que nos estimule á obrar sin reflexion y sin consejos.